

---

## El jardín de los senderos que se bifurcan

*José Assandri*

... tal vez llegue un momento en el que  
se descubra que ser psicoanalista puede ser  
un sitio en la sociedad que resista, espero...

*Jacques Lacan*<sup>1</sup>

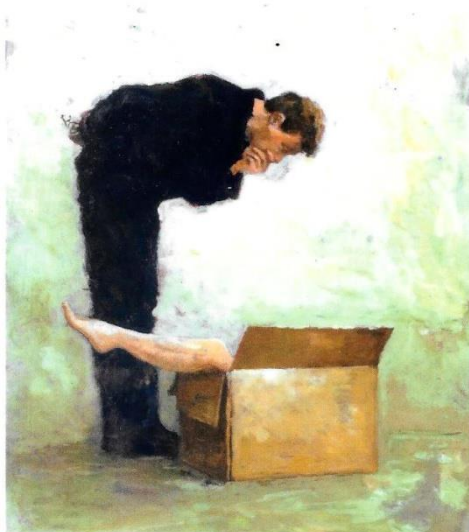
Mi intervención aquí es consecuencia de una propuesta de Jean Allouch, es decir, responder al acontecimiento de la publicación de su libro *L'Autresex*<sup>2</sup>, traducido al español como *No hay relación heterosexual*. Dos títulos distintos, dos libros distintos, aunque tengan en la tapa la misma imagen de un tipo preguntándose cómo alguien

1

---

<sup>1</sup> Esta frase de Jacques Lacan, citada por Jean Allouch en *No hay relación heterosexual*, en la traducción de Jorge Huerta, Epeele, México, 2017, en la p. 242, aparece como “*Tal vez llegue un momento en el que se descubra que ser psicoanalista puede ser un sitio en la sociedad, que, espero, sea asegurado.*” Rafael Perez me advirtió de un error de traducción en esta cita de “Lugar, origen y fin de mi enseñanza”, conferencia dicha en Lyon en 1967. En *Pas-tout-Lacan*, se puede leer “... *peut-être qu’il viendra un temps où l’on s’apercevra qu’être psychanalyste ça peut être une place dans la société qui sera tenue, je l’espère...*”. Disponible en: <http://ecole-lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/1967-00-00.pdf>. La cuestión de que el sitio en la sociedad del analista esté asegurado, tal vez no más que una expresión de deseo, se repite en la versión (y no hemos podido corroborar que así sea también en la versión en francés) de esa conferencia en la publicación *Mi enseñanza*, Jacques Lacan, traducción de Nora González, Paidós, Buenos Aires, 2005, p. 69. En este caso, la edición es aún mucho más grosera.

<sup>2</sup> Jean Allouch, *L'Autresex*, Epel, París, 2016.



Robin Goldring

puede estar metido en una caja, cómo pudo entrar en ese lugar del que, por otra parte, no se sabe si es que está tratando de salir o acomodándose<sup>3</sup>. La traducción provoca diferencias, y como estamos demasiado advertidos de la traición de la traducción, cualquier traducción es recibida con sospechas<sup>4</sup>. Respecto a esa inquietud por la traducción, no siempre se tiene en cuenta que eso que llamamos traición de la traducción tiene distintos registros. Por empezar, que no hay posibilidad de que una lengua pueda decir lo mismo que otra, o pueda decir del mismo modo que otra. Llamar traición a esa diferencia es un exceso. Por otro lado, más allá de la voluntad y el oficio de un traductor, en este caso Jorge Huerta, de las consultas que pudo haber hecho, una traducción también concierne a la comunidad que se hace responsable de la traducción de un libro. De esa comunidad, además del traductor y del editor, que es quien encarga la traducción y que decide en último término si se publica o no, también forman parte de ella los lectores para los que se produce esa traducción. En esa comunidad de lectores, traductores, editores, en las cabezas de todos nosotros, hay cosas que constituyen una especie de tradición en la

2

<sup>3</sup> La portada es la reproducción de un cartón de Robin Goldring, pintor francés que, a diferencia de muchos pintores contemporáneos no evita la representación. Allouch señala que un fragmento de Jacques Lacan (del 12 de marzo de 1969), podría servirle de título, “... *es que la mujer, no se sabe lo que es, ¡desconocida en la caja! ...*”

<sup>4</sup> Ya hay una fe de erratas de Ediciones literales. Al problema de traducción que señalamos en el epígrafe, podemos agregar una errata más, en la página 81, párrafo 3, línea 4, le falta la barra al sujeto que aparece en relación al objeto a minúscula.

---

que se apoyan las distintas traducciones para hacerse efectivas, como en este caso, para esta versión del libro de Allouch.

Estos pequeños trazos tienen como función enmarcar dos comentarios respecto a la traducción; uno de ellos se podría calificar de positivo, mientras que el otro es crítico. El comentario positivo es que, con esta traducción, es la primera vez que podemos leer en español un libro de Jean Allouch sin tener que pasar por la enojosa presencia del “fantasma” donde debiera leerse “fantasía”. Esto, al menos en el cono sur, no es desdeñable, ya que, en el norte de la lengua española, en México, ya desde hace tiempo, se han despojado de ese horror. Y es un horror, no sólo porque establece una separación que no merece el campo freudiano, de un lado Freud y la fantasía, de otro Lacan y el fantasma, sino, lo que es peor, ese infeliz fantasma va en contra de lo que podemos llamar la sensibilidad a la lengua. Basta un ejemplo para hacerlo notar. En una película de Ken Russel, titulada *Prostituta*, el personaje, la prostituta, tiene una frase como presentación. Esa frase es “*Quiero ser tu fantasía.*” Si esta prostituta tuviera un gigoló lacaniano debería decir: “*¡Quiero ser tu fantasma!*”. No cabe duda de que, con un proxeneta lacaniano, esta prostituta terminaría por acogerse al seguro de paro. Su negocio no sería muy exitoso, a pesar de que, en lengua española, el oficio más viejo del mundo, objeta la etimología de la palabra “negocio”, que como se sabe, es “negar el ocio”. Basta leer al revés la palabra negocio para saber de qué se trata: oi cogen.

Del lado crítico de la traducción, algo me surgió al leer en este libro lo que Allouch dice respecto a lo cómo debe entenderse “no hay relación sexual”. En *No hay relación heterosexual* se lee: “*Lacan no ignora que aquello que sus auditores tienen en la cabeza es coger.*”<sup>5</sup> Si vamos a leer la oración en *L’Autre sexe* se lee: “*La coucherie se présente en premier, Lacan n’ignore pas que ses auditeurs ont cela en tête.*”<sup>6</sup> Yo creo que se podría haber traducido así: “*El coger está primero, Lacan no ignora que sus oyentes tienen eso en la cabeza.*” Si entro en ese territorio complicado, y seguramente indeseable, de cómo se puede traducir mejor, es porque quiero llamar la atención sobre algunas cosas. Tomando nota en primer lugar, de esa fuerza del presente de Lacan en esta frase, de Allouch: “*Lacan no ignora*”, y que si Lacan no ignora, o no ignoraba que sus oyentes

---

<sup>5</sup> J. Allouch, *No hay relación heterosexual*, op. cit., p. 25.

<sup>6</sup> J. Allouch, *L’Autre sexe*, op. cit., p. 19.

---

tenían eso en la cabeza, por lo tanto, él también tenía el coger en la cabeza. Y si, como escribió Allouch pocas líneas antes, que hay que buscar a Lacan “*al ras de la palabra*”, cuando en español los oyentes oyen la proposición “no hay relación sexual” no me parece que tengan el coger en la cabeza. Para mí, cuando los lacanianos escuchan “no hay relación sexual”, tienen a Lacan en la cabeza. Por cierto, que es muy difícil hacer una encuesta sobre lo que podrían tener los oyentes en la cabeza, pero a “no hay relación sexual” le falta apenas algo para que lo primero que se tenga en la cabeza sea “coger” y no “Lacan”. Es muy vieja entre nosotros esa dificultad de pasar *il n’y a pas de rapport sexuel*<sup>7</sup> al español, y para no aburrir, sólo me voy a detener en un comentario que hizo Silvio Mattoni en la traducción de *Hiatus sexualis* de Guy Le Gaufey. Lo que es habitual, la cuestión es una nota de traducción a pie de página. Pero esa nota no está al comienzo sino promediando el libro<sup>8</sup>, aunque el problema de las lenguas está planteado desde el comienzo por el propio Le Gaufey. Y la nota está allí para referirse a la cuestión conceptual, matemática, lógica. Mattoni, como buen traductor, recurre al diccionario de la Real Academia Española. Allí, en la palabra “Relación”, la alusión sexual está entre las primeras acepciones. Y se trata de eso, de una alusión, porque por supuesto aparecen la amistad, el parentesco, el amor, el comercio... pero no hay nada sexual. Pero creo que lo que se pasa de largo en el diccionario es una sigla: “*Ú. m. en pl.*”. Esto quiere decir “*Úsase más en plural*”, y eso quiere decir que, en singular, se usa en casos excepcionales, puntuales. Cabe extender el “*Úsase más en plural*” a las “relaciones sexuales”. Eso que le falta al “no hay relación sexual”, para que se oiga primero coger, es que se diga en plural: “no hay relaciones sexuales”. Es más, en español, usar sólo el término “relaciones”, diciendo que tal o cual tuvo “relaciones”, inmediatamente hace entender que se trata de algo sexual, cosa que no pasa con “relación” en singular. Que alguien tenga una “relación” puede ser una cuestión amorosa, amistosa, en fin, otra cosa.

---

<sup>7</sup> En la versión que fue leída el 19 de agosto de 2017, en vez de *il n’y a pas de rapport sexuel* se leía *il n’y a pas de rapport sexuelle*. Fui advertido por Emily Berrebi de mis intenciones de feminizar la lengua francesa. Ya lejos en el tiempo del lapsus como para verdaderamente analizarlo, podemos decir que, en su momento, se trató de poner en ejercicio, mediante el traductor de Google, distintas variantes de traducción. Y el hecho es que *il n’y a pas de rapport sexuelle* se traducía automáticamente como “no hay relaciones sexuales” seguramente me satisfizo.

<sup>8</sup> Guy Le Gaufey, *Hiatus sexualis*, traducción de Silvio Mattoni, Ediciones literales/El cuenco de Plata, Buenos Aires, 2009, p. 54.

---

No hay, que yo sepa, ninguna traducción de los seminarios y textos de Lacan o de los lacanianos franceses que haya hecho referencia a este asunto del plural y el singular, y al posible doble juego que se podría hacer. Si se tratara de dos opciones, cualquiera de ellas deja algo fuera. Pero al optar por “no hay relación sexual” se opta más por lo conceptual, mientras que “no hay relaciones sexuales” mantiene el sesgo picaresco, por más que haya que explicar en algo la cuestión de la relación en términos lógicos o matemáticos. Uno de los problemas que nos presenta la traducción y recepción en lengua española del *il n'y a pas de rapport sexuel*, es que, si ha sido excluido el coger en aras de la captura del concepto, habría un modo correcto de relaciones (sexuales) en las que hay un hombre y una mujer haciendo Dios sabe qué<sup>9</sup>.

No es que queramos ser promiscuos aquí, pero si esto a mí me importa, es porque en mi barrio se usa el sintagma “relaciones sexuales”. Y porque, también en mi barrio, cuando alguien tuvo “relaciones sexuales” se supone que “se hizo hombre” o que “se hizo mujer”. Es más, en mi barrio hay otra expresión que también viene al caso, y es la que dice “Le vio la cara a Dios”, o “Nunca le vio la cara Dios”, referido a quien tuvo o quien nunca tuvo relaciones sexuales. Se le da al coger el estatuto de una revelación religiosa que, curiosamente, introduce a Dios como tercero. Aunque Dios, aquí, no es un voyeur. Si en todo caso Dios goza, es haciendo al hombre, hombre y a la mujer, mujer. Ese ha sido siempre su oficio, al menos para los que creen en Él. Se trata de pura teología aplicada al servicio de la erótica. En mi barrio, la gente ya con más años, cuando era el hombre que se hacía hombre, se decía “debutar”, y cuando era la mujer que se hacía mujer, decían “perdió la virginidad”. Para uno de los términos la cuestión empezaba, para el otro, terminaba. Para esa gente, en esa diferencia, ya se daba cuenta de las relaciones sexuales. Pero también en mi barrio se dice que, en general, esa primera vez es un poco

---

<sup>9</sup> Al respecto, tal vez la insistencia en el lado lógico del asunto ha hecho que se acentúe más el concepto y se pierda de vista la ocurrencia. La cuestión de la relación, si importa, podría ser ejemplificada por algo de uso entre los gourmets: hay restaurantes donde la “relación calidad precio” es mejor que en otros. Con eso parece que se dijera que hay una especie de unidad para medir eso, que, sin embargo, como se sabe, no la hay. Ni el precio es siempre un factor determinante ni la calidad puede ser determinada independientemente del gusto.

---

decepcionante, porque evidentemente no alcanza con las “relaciones sexuales” para todo ese asunto del hombre, la mujer, o lo que fuera.

Estos trazos me importan porque el psicoanálisis opera en contra del discurso corriente; es contra ese discurso que el psicoanálisis se levanta y produce algo distinto, pero ese contra también es en el sentido de apoyado, de otro modo corre riesgo de transformarse en algo vacío. Si pudiera darles un consejo a los lacanianos es que, en las relaciones sexuales, no tengan a Lacan en la cabeza. Sin duda que cada uno tiene, con lo que se supone que es su propia lengua, relaciones complejas. Pero como me importa la lengua española, quisiera recordar la existencia de la Real Academia Española. Esto implica que el cuidado de la lengua está dedicado al Rey de España. Pero aquí hay que notar que no se trata del rey persona, ni de Juan Carlos de Borbón ni de Felipe IV, bautizado con el nombre de Felipe Juan Pablo Alfonso de Todos los Santos de Borbón y de Grecia. Hay que leer ese Real a partir de las formulaciones de Ernst Kantorowicz sobre los dos cuerpos del Rey. Porque en este caso importa, no el cuerpo mortal del fulano de turno, sino ese cuerpo del Rey que tiene como función garantizar la continuidad del reino, del poder, de la organización de un territorio. Es esencial el control de la lengua para esas cosas. No es casualidad que el lema de la Real Academia Española sea “Limpia, fija y da esplendor”. No es casualidad que en la Real Academia Española no pudieran seguir la etimología cuando se trató formar la palabra “conocimiento”. Todos sabrán que el asunto viene del latín, *cognoscere*, lo que en español hubiera dado lugar a “coñocimiento” en vez de “conocimiento”. El conocimiento es algo relativo a los conos, ni más ni menos. “Coñocimiento” para los españoles sonaría como “conhecimiento”<sup>10</sup> para nosotros. En esa ocupación de limpiar la lengua para que tenga su esplendor, el asunto es si la tradición de las traducciones, al escoger “relación sexual” en vez de “relaciones sexuales” no terminó colocado las cosas más del lado de la limpieza y del concepto.

Claramente lo dice Allouch (p. 24)<sup>11</sup>, que ni el matema ni el concepto regulan, “*salvo localmente, las palabras sostenidas por Jacques Lacan respecto de la relación sexual.*”

---

<sup>10</sup> Es interesante, por decirlo de algún modo, que en *Diccionario del español del Uruguay* en lugar de “relaciones” aparece “relación”. Este asunto debe tomarse al lado la ausencia, en este diccionario, de la palabra “pija”. Tal parece que la limpieza no es sólo asunto del Rey de España.

<sup>11</sup> A partir de aquí incorporamos las referencias de página en el texto en su versión en español. Lo que no quiere decir que se desconozcan las diferencias generadas por traducción.

[...] *Se trata de palabras, de proposiciones...*” La cuestión en las traducciones nos ubica de lleno en eso, porque la traducción se plantea en un espectro que va desde la “masturbación conceptual” (la expresión no es mía, sino que extraigo del libro en la p. 24) a la sensibilidad a la lengua. No quiere decir que ellas marquen un extremo y otro del espectro, pero las dos cuestiones siempre juegan: el concepto y la sensibilidad. Y como se sabe desde las campañas contra la masturbación infantil en el siglo XVIII, al menos según lo consignaba en 1760 el doctor suizo Samuel Tissot en su libro *Onania*: la masturbación reduce la fortaleza, disminuye la memoria y la razón, provoca la visión borrosa y enfermedades nerviosas, genera todo tipo de reumatismo, debilita los órganos de la generación, altera el apetito y provoca cefaleas. No sé si alguno de ustedes tuvo ese tipo de síntomas, pero lo que omitió el Dr. Tissot es que la “masturbación conceptual” produce un endurecimiento del oído y de la entendedera. ¿Qué efectos tiene en el oído de un lacaniano leer y escuchar fantasma donde se debe leer y escuchar fantasía? O que se hable de “relación sexual” sin que, por lo menos, se la haga consonar con las “relaciones sexuales”. Creo que si entre los lacanianos se hubiera incorporado el sintagma “no hay relaciones sexuales” habría habido efectos más provocadores en lengua española que utilizando sólo el singular. Hubieran provocado un pequeño escándalo. En psicoanálisis, los escándalos siempre son pequeños. Y son pequeños porque en el campo freudiano se le teme mucho al escándalo, se termina ahogando aquello que puede ser escándalo. ¿Cuántas veces hemos pasado por nuestros ojos esa fórmula “no hay relación sexual” sin atrevernos a hacer las preguntas que convienen? Allouch refiere a la metáfora mallarmeana de la moneda gastada que se pasa de mano en mano, y dice, que su sentido enigmático se ha obliterado, y “*su apuesta, no se ha percibido*” (p. 11). Los términos en que se expresa Allouch son fuertes, y no todo depende del endurecimiento del oído ni del temor al escándalo, pero es parte.

Además de esa crítica a la “masturbación conceptual”, en referencia a las formulaciones de Lacan, en el libro aparece señalado que más que conceptos se trata de guiones teatrales (p. 12: “*no una maquinaria conceptual sino al teatro*”). También Allouch hace referencia a la imagen de las muletas, que hay cuestiones que se sostienen con muletas, y que esas muletas, de pronto, podrían entorpecerse unas a otras (p. 15: “*Esas muletas son muy numerosas. Por consiguiente, nos preguntamos si, en lugar de cumplir con su función de*

*soporte, o incluso al sostener más o menos bien la fórmula canónica [...] esas muletas no se enredan unas con otras*). A esto se agrega que en el libro se trata de algunas figuras, como, por ejemplo, la histérica. Y esto tiene su interés, porque no se trata del cuadro psicopatológico, sino que en la figura de la histérica se juega una función, la del hacer al hombre. Todo eso, junto con la expresión repetida varias veces en relación a su libro como una “obra en construcción” (p. 14, 35-36, 65-66), que no se refiere sólo al propio libro, sino que también le adjudica el estatuto de “obras en construcción” a los recorridos de otros como de Guy Le Gaufey, con sus libros *El no todo de Jacques Lacan* y *Hiatus sexualis*; o la obra de Gayle Rubin, con su propuesta de la diversidad sexual; como también, la concerniente a la satisfacción (pp. 173 a 175). Esta idea de “obra en construcción” tiene como objetivo señalar que no habrá conceptos acabados, definitivos, que el libro no está abocado a remendar falencias para “redondear” un concepto, a levantar las dificultades para llegar a la pureza del “concepto”. Se trata de otra cosa, lo dice el autor, se trata de citas y encadenamiento de citas (p. 18), citas sometidas al cuidado de la transcripción, pero, que, sobre todo, forman un entramado al que Allouch le da ese nombre de “obra en construcción”. La expresión “obra en construcción” por un lado rompe con la idea del concepto como clave, y, por otro, permite leer de manera más precisa.

Una de las cuestiones claves de este libro es el espacio y el lugar. La cuestión espacial está presente en otras palabras como zona, agujero, sitio, *troumatismo*, en expresiones como “vaciar las evidencias”, “demostrar y mostrar”, en la topología, en los nudos... Se podría decir que no es un invento de Allouch, que es algo que ya estaba en Lacan, y que también estaba en Freud. Pero la insistencia en la cuestión espacial la podemos encontrar en otros libros de Allouch de maneras novedosas. Por poner ejemplos, en *La sombra de tu perro*, donde, retomando cuestiones planteadas por Lacan en su seminario *La transferencia...* (sesión del 9 de febrero de 1963), plantea la dimensión del espacio que determina el objeto parcial, recordando lo dicho por Lacan del “espacio o campo del objeto parcial”, que desembocan en señalar la importancia del “espacio analítico”<sup>12</sup>. También en *Contra la eternidad*, el espacio aparece vinculado al espacio literario,

<sup>12</sup> J. Allouch, *La sombra de tu perro. Discurso psicoanalítico. Discurso lesbiano*, traducción de Silvio Mattoni, Ediciones literales/El cuenco de plata, Buenos Aires, 2004, pp. 25-26.



---

espacios irradiados por la erótica<sup>13</sup>. Pero la cuestión del espacio en *No hay relación heterosexual* tienen su punto clave en la palabra “encarpación”, invención apoyada en la distinción entre *topos* y *khora*. Esa palabra aparece varias veces en el texto (pp. 30, 32-33, 217, 226), constituye el último apartado del capítulo dedicado a Foucault (pp. 241-255). No vamos a tomar ese sesgo de la “encarpación” aquí porque sería demasiado extenso<sup>14</sup>, pero quisiera detenerme en esa cuestión del espacio tomando como punto de partida un par de imágenes vegetales que aparecen en *No hay relación heterosexual*.

La primera es una cita de “El atolondradicho”, donde Lacan afirmó que se dedicó diez años a tratar de hacer de Freud un “jardín a la francesa” (p. 21). Para mí hay un punto de desacuerdo con Allouch porque no es lo mismo un “jardín francés” que un “jardín a la francesa”. No se trata de moldear lo que produjo Freud, de domesticarlo<sup>15</sup> y diseñarlo como si se tratara de un jardín francés, sino de que la palabra jardín, desde fines de siglo XIX y en los comienzos del XX, era un topos literario y artístico que tenía fuertes matices eróticos. En esa época el erotismo de los jardines apareció en la pintura, en la literatura y también en la música. Se podría rastrear la importancia del erotismo del jardín hasta el famoso *Jardín de las delicias* de El Bosco<sup>16</sup>. En cierto modo da la impresión de que Allouch tenía presente ese erotismo no domesticado, porque a pie de página señala que Freud lo tenía derecho y que Lacan lo tenía torcido... al cigarro (llamada 11, p. 21). Aunque aquí estoy en desacuerdo con la lectura que Allouch hace de esto. No es que Lacan quisiera enderezar lo que en Freud estaba torcido, sino que, eso que Freud quería derecho, tenía plenos derechos a estar torcido, si cupiera aquí esta expresión. Veremos un ejemplo de esto más adelante, pero me da la impresión que, por momentos, a los franceses les pesa la importancia que tuvieron en la historia del erotismo. Es probable que desconozcan el beso a la francesa, que nunca hubieran escuchado la canción de los *Redondos*, “Un poco de amor francés”, pero no deja de ser llamativo que cuando tradujeron un libro de Vernon Rosario con el *L'irrésistible ascension du pervers*, dejaron

---

<sup>13</sup> J. Allouch, *Contra la eternidad. Ogawa, Mallarmé, Lacan*, traducción de Silvio Mattoni, Ediciones literales/El cuenco de plata, Buenos Aires, 2009, p. 14.

<sup>14</sup> Algo nos hemos acercado a este asunto en el taller *La exhibición psi*.

<sup>15</sup> Se verá que en el libro se trata también de las “verdades indómitas”.

<sup>16</sup> Lily Litvak, *Erotismo fin de siglo*, Antoni Bosch, Barcelona, 1979.

---

lo francés de lado, porque el título original en inglés fue *The Erotic Imagination: French Histories of Perversity*.

Casi sin decirlo, Allouch pasa del “jardín a la francesa” a Lacan como una “selva virgen” (p. 22: “*Un lugar frondoso, hecho más de sombra que de luz.*”). Tampoco concuerdo con esa idea de Lacan como selva virgen que sólo se podría fotografiar desde la altura. Basta leer a pie de página del libro *No hay relación heterosexual* para toparse con una cantidad de referencias a otros libros escritos por Allouch, para darse cuenta que Lacan no es muy virgen. Tal vez hablar de selva virgen pueda ser una deferencia a nuestras dificultades como lectores de Lacan, pero para mí hay zonas de Lacan que han estado demasiado iluminadas, tanto, que enceguecen. Lo cual no quiere decir que los focos de luz estén bien direccionados. Uno de esos casos es justamente el “no hay relación sexual”, del que se ocupa este libro tratando de enfocar las cosas de otro modo.

Las referencias al “jardín a la francesa” y a la “selva virgen”, que señalan dificultades de lectura o modos de lectura evocan el cuento de Jorge Luis Borges “El jardín de los senderos que se bifurcan”. En ese cuento se cruzan varias historias. Una de ellas es la del chino Ts'ui Pên, que, al final de su vida, dijo que sus logros habían sido haber escrito un libro y fabricado un laberinto. Luego de muerto Ts'ui Pên, el libro resultó ilegible, y el laberinto, nunca fue encontrado. El Dr. Stephen Albert, un sinólogo, otro personaje del cuento, muchos años después del desconcierto, descubrió que el libro era un laberinto. Nadie había sabido leer el libro y darse cuenta que era un laberinto. El asunto es un poco eso, qué leemos, cómo leemos. Se puede tener un concepto de laberinto que impide reconocer un laberinto. Para el Dr. Albert, el laberinto de Ts'ui Pên no era espacial sino temporal, por eso no había sido descubierto. Yo agregó que, en general, tenemos la idea del laberinto como una prueba, algo a superar, pero, sobre todo, que está orientado teleológicamente (no se puede evitar aquí la asociación con la teología): se entra por un lado y hay que encontrar una salida que es única. Un “jardín de senderos que se bifurcan”, que no es más que otro nombre para el laberinto, no necesariamente implicaría una prueba, y tampoco tendría que tener solo una entrada ni una salida única. Se trata de la posibilidad de distintos recorridos a los que se puede acceder de diferentes modos y de los que se sale por algún sitio, no necesariamente predefinido, y cada recorrido, puede tener efectos diferentes.

---

A mi modo de ver Allouch construye algo así, un espacio donde hay recorridos que se bifurcan, se conectan, se separan, un espacio al que se puede entrar por distintos lados y salir por otros, o por el mismo lado. Y si bien puede haber caminos trazados, su objetivo es señalar que son precarios. Es por eso que recurre a la imagen de una “obra en construcción”, aunque tampoco me apetece esta expresión, porque más allá de que no esté presente en el espíritu del autor, hace aparecer, irremediablemente, no sólo la posibilidad de los planos del lugar, sino también la esperanza de que, algún día, en algún momento, en un libro o en un seminario, la obra en construcción podrá ser culminada. Genera la ilusión de que habrá un final de obra, con lo cual se podrían descartar aquellas cosas que no son necesarias. Y creo que el propio libro está bastante lejos de esa idea.

Por eso quiero proponer que el libro puede ser leído mejor como una instalación, o como el proyecto de una instalación. No es mucha novedad, hace tiempo que la idea de instalación ha desembarcado en estas tierras, sea a través de las instalaciones clínicas o de la *Instalación Spinoza* de Carmen de los Santos. Podemos entrar en la instalación tomando como referencia las instalaciones artísticas, es decir, lo que vemos en el arte contemporáneo, un espacio en el que nos encontramos con imágenes, videos, objetos, figuras, textos, un espacio en el que se puede hacer un recorrido sin que eso esté prefijado, pero tampoco se trata de algo inexplorado, porque allí se pueden reconocer cosas, la cuestión es cómo están dispuestas. La idea de la instalación permite plantear de otro modo varios asuntos, y los voy a señalar a partir de algunos comentarios sobre la instalación de Boris Groys, de su libro *Volverse público*<sup>17</sup>.

A fines de siglo XVIII surgieron los museos de arte, y tuvieron su auge en el siglo XIX. Se constituyeron siguiendo la lógica de la expoliación que hicieron los países europeos del resto del mundo. Los objetos religiosos o suntuarios que encontraban en las tierras que habían conquistado, fueron despojados de su función para volverlos arte. Los museos se crearon de ese modo, quitándoles funcionalidad a los objetos y al exhibirlos, los volvieron objetos de arte. Es así que los museos clásicos son un recorrido que alguien va haciendo como si fuera por un camino y va mirando a los costados lo que se ofrece a ser contemplado. Si Allouch hubiera escrito un libro de este modo, al estilo museo clásico,

---

<sup>17</sup> Boris Groys, *Volverse público. Las transformaciones del arte en el ágora contemporánea*, traducción Paula Cortes Rocca, Caja Negra, Buenos Aires, 2016, fundamentalmente pp. 49-67.

---

se trataría de un recorrido conceptual, nos indicaría aquí está el falo, allá “no hay relaciones sexuales”, más allá la fantasía, etc., y como buen guía, nos iría indicando cada uno de esos conceptos, señalando sus particularidades, su historia, lo que considerara necesario para que se pudieran apreciar de manera adecuada, es decir, informada.

No dejemos todavía el museo clásico, porque importa una figura que ya existía en esos tiempos. En los museos clásicos hay alguien que coloca las obras de arte, que organizaba los objetos marcando un recorrido. Ese personaje, que tal vez ni siquiera tenía nombre, era alguien invisible porque importaba sobre todo el autor, o la referencia histórica o cultural. A esa figura se le llama curador. En el arte contemporáneo el curador se ha vuelto tan visible como el creador, a veces su importancia va en partes iguales. Esto permite darle otro giro a esa distinción que presenta Allouch:

Si Lacan pudo indicar esto, si yo pude extraer esta consecuencia de sus palabras, la razón de ello es que mi posición de lector es otra, mi medio-decir está situado en otra parte y se encuentra configurado de otra manera; mi dirección (en el doble sentido: ahí donde resido y a quién me dirijo) no es la suya; no pertenezco a una escuela del modo en que él pertenecía a una escuela. El inventa, yo leo. Dicho de otro modo, yo cuestiono y puedo así, como por lo demás él invitaba a hacerlo, dar “el paso siguiente” citándolo. ¿No decía también que abría puertas sin tener tiempo de explorar los espacios así generados para ser visitados? (p. 171)

Sólo me detendré en la dificultad de aceptar que Lacan tuvo el papel del creador y a Allouch sólo le cabe el papel del lector. Me parece eso genera dificultades para leer el libro. No alcanza con que alguien haya inventado algo, importa cómo se expone, en relación a qué otras cosas se pone, cómo se plantea el recorrido, de tal modo que permita acercarse a una invención, incluso, por qué no, a un concepto. Groys, al referirse al curador, utiliza términos fuertes diciendo que una obra, un cuadro, por ejemplo, es algo enfermo, algo en sufrimiento, que no puede sostenerse y es por eso que necesita un curador. Una palabra que, como se darán cuenta, no es cualquiera. Alguien debe curar la obra para que ella pueda ser apreciada. “No hay relaciones sexuales”, esta iluminación de

---

Lacan, es una formulación que hace ya bastante tiempo que está “enferma”. Allouch opera en este libro de curador. No es casual la referencia a las muletas que señalábamos antes. Esto lleva a un segundo punto en la cuestión del espacio. Si en el museo clásico el recorrido está prefijado, o como en el laberinto mitológico, contamos con el hilo de Ariadna para sentirnos seguros, en el arte contemporáneo, en la instalación, ocurre algo totalmente distinto. El espacio se ofrece a ser explorado, sin indicaciones precisas. El espacio no es algo exterior a la obra, sino que es parte de la obra, y su materialidad produce efectos. Si en una instalación artística hay figuras, imágenes, videos, voces, música, textos, restos, marcas, objetos, en el caso de *No hay relación heterosexual* encontramos formulaciones, sueños, un esquema de Freud, Lou Andreas Salomé, una conversación entre Lacan y Catherine Millot, una respuesta a Marcel Ritter, tenemos figuras como la histérica, películas, pequeños relatos, tenemos la problemática de las transcripciones de seminarios y lo que Lacan dijo fuera de su seminario y de su ciudad, tenemos a *Negro Perfecto* de Valentín Retz, el curso *Subjetividad y verdad* de Michel Foucault; etcétera; nos es posible entrar en un apartado dedicado al falo aun sabiendo que no será allí donde estará la cuestión clave de las no relaciones, pero entrar allí es necesario; del mismo modo con el nudo borromeo, aun sabiendo que se tratará de un “afortunado fracaso”, también es necesario pasar por allí. Explorar esos espacios tiene consecuencias. Meterse en la instalación, dejarse tomar por ella sin esperar efectos en particular, aceptar que hay cosas que no se entienden, que no son cosas absolutas, sino que hay elementos que se necesitan mutuamente, que aquello que vemos necesita de algo que estuvo antes y también de algo que viene después como para que algo sea medianamente entendido. Este libro, para mí, tiene ese lado de las instalaciones: no es algo que se pueda entender de entrada, no alcanza con un recorrido, sino que es necesario entrar y volver, recorrer por partes y de nuevo, leerlo todo entero. Y a la salida, ya no se tratará exactamente de “no hay relaciones sexuales”, sino que el “no” se une al “hay” para objetar la negación lógica, y el Otro, (tal vez, *otre*), adquiere mayor relevancia, se vuelve hetero porque la cuestión no se reduce a la sexuación. Y sin duda, esta idea de instalación podría ser refrendada por la referencia que hace el propio Allouch a la obra de Richard Serra, una instalación en París, en el *Grand Palais*, cuyo título fue *Monumenta* (p. 244).

Planteado el libro como una instalación, los elementos que están en ese espacio, son los que eligió Allouch. No está todo, ni todo lo que está es indiscutible. Cuando Allouch le planteó su proyecto a David Halperin sobre Foucault, la respuesta de éste fue “*Foucault exagera.*” (p. 197) El propio Allouch se encarga de decirnos eso, y que incluso, Halperin, señaló que, en Foucault, la hetaira, una figura importante para el amo griego, brilla por su ausencia. Por otro lado, que el curso *Subjetividad y verdad* y los dos últimos tomos de *Historia de la sexualidad* hayan sido elementos fundamentales para el recorrido, podría hacerlo blanco de las críticas de los helenistas. El propio Allouch señala la existencia de esas críticas a Foucault. La heterotopía helenística foucaultiana no debe ser leída como descripciones de la realidad griega y romana, “*sino como la actualización y el estudio de cierto estrato de los juegos de verdad, el de las técnicas o artes de sí, que califico de ‘heteroética’*”<sup>18</sup> (p. 197), y que, de algún modo, tienen como función “*sacudir, incluso destituir, la engañosa evidencia del ‘dispositivo de la sexualidad’*” (p. 201). No se trata de encontrar en los dichos de Foucault ni consistencia ni veracidad histórica<sup>19</sup>, sino que se incluyen en la instalación porque es un modo de mostrar algo que concierne a ese pasaje de “no hay relaciones sexuales” a “nohay relaciones heterosexuales”.

A esta instalación de Allouch, también alguien le podría objetar que los preliminares a la no relación sexual señalados en Freud, no son más que una parte de Freud. Que en Freud hay una gran dosis de relaciones sexuales, por ejemplo, en la archiconocida teoría del desplazamiento de la excitabilidad del clítoris a la vagina. Cada vez que Freud habló de la mujer o de la femineidad aparece esa teoría<sup>20</sup>. Lo hace por primera vez en *Tres ensayos*

<sup>18</sup> Modificamos la traducción. No hay ninguna razón que haya habilitado al traductor a traducir “hetero(é)tica”. Se trata, además, de una intervención que va contra la invención de la palabra. Véase *L’Autre sexe*, op. cit., p. 150, donde se lee “*hétérotique*”.

<sup>19</sup> Allouch también recoge las críticas de Alain de Libera, p. 210, nota 45. Y señala que apoyarse en Artemidoro sería dejar pasar otras referencias que refutarían sus conclusiones, cuestión que queda señalada sin que sea levantada (p. 216).

<sup>20</sup> Se podría decir que, para alejarse de esa formulación de una relación sexual, no fue suficiente el desencuentro con Wilhelm Fliess en torno al plagio de ideas. Las teorías fliessianas de los períodos de 28 y 23 días, tanto como las teorías de Otto Weininger de la complementariedad, fueron formulaciones fuertes de las relaciones sexuales en su época. Y si bien el distanciamiento con Fliess hizo que Freud excluyera de *Tres ensayos de teoría sexual* cuestiones que tenían que ver con la bisexualidad, justamente porque tenían que ver con Fliess, terminó publicando “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” en una revista dirigida por Magnus Hirschfeld, alguien que, de otro modo, buscaba dar

de teoría sexual. Allí, al clítoris le corresponde transmitir la excitación a las partes femeninas vecinas, más específicamente a la vagina, así como las ramas resinosas se emplean para encender la leña<sup>21</sup>. En 1915, en la Conferencia 20, “La vida sexual de los seres humanos” es más contundente al afirmar que “*Para que la niña se haga mujer importa mucho que el clítoris ceda a tiempo y por completo esa sensibilidad a la vagina.*”<sup>22</sup> En 1925, en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre sexos” señala que “*el despliegue de la femineidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitoridea*”<sup>23</sup>. En 1931, “Sobre sexualidad femenina”, afirmó “*Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina.*”<sup>24</sup> En 1933, algo más moderado en “La femineidad”, escribió “*el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ello su valor*”<sup>25</sup>. Esta teoría de Freud indujo a la princesa Marie Bonaparte una serie de intervenciones quirúrgicas para modificar la localización de su clítoris, un modo de acercarse a la formulación de la femineidad de Freud y enderezar lo que ella supuso torcido. También en el Río de la Plata podemos constatar el efecto de esas teorías. Daniel Gil, en su libro *Freud y el cinturón de castidad*<sup>26</sup>, refiere el caso de una mujer que consideraba no haber tenido orgasmos, porque no los sentía vaginales. El argentino Juan Carlos Volnovich, en un reportaje, refiere de una mujer que debió mentir que sentía orgasmos vaginales para que le dieran el “alta” en un análisis didáctico<sup>27</sup>. Lacan, en su seminario *La angustia*, de manera violenta, con litros

15

---

algún tipo de fundamento computable a la sexuación (véase Bruno Labruna “43.046.721 estados sexuales, o un nombre oculto de Freud”, en *ñácate* n° 2, Montevideo, 2009).

<sup>21</sup> S. Freud, *Tres ensayos de teoría sexual*, *Obras Completas*, tomo VII, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, pp. 201-202.

<sup>22</sup> S. Freud, “La vida sexual de los seres humanos” en *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, *Obras Completas*, tomo XVI, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p. 290.

<sup>23</sup> S. Freud, “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre sexos”, *Obras Completas*, tomo XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p. 273.

<sup>24</sup> S. Freud, “Sobre sexualidad femenina”, *Obras Completas*, tomo XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p. 227.

<sup>25</sup> S. Freud, “La femineidad”, *Obras Completas*, tomo XXII, Amorrortu, Buenos Aires, 1996, p. 110.

<sup>26</sup> Daniel Gil, *Freud y el cinturón de castidad. Ensayo sobre la idea de mujer en la obra de Freud: clínica teoría e ideología*, Trilce, Montevideo, 1997, p. 30.

<sup>27</sup> Reportaje a Juan Carlos Volnovich en *Acheronta* n° 15, julio de 2002. Disponible en:

<http://www.acheronta.org/reportajes/volnovich.htm>

---

de agua hirviendo, trató de colocar las cosas en su lugar. Diría que esa no fue la mejor forma de poner en su lugar lo que Freud había intentado enderezar porque él lo veía torcido. De algún modo, la formulación del orgasmo vaginal como una crisis de histeria, lectura que hace Allouch de la lectura que hizo Lacan de Ferenczi (cualquier zona del cuerpo puede ser histerógena, y, por lo tanto, erógena), coloca las cosas de una mejor manera<sup>28</sup>, intentando “enderezar” lo que Freud había enderezado.

En lo que respecta a Lacan, alguien podría señalar que tal vez, si se incluyera la transexualidad (mal recibida por Lacan, según dice el propio Allouch, p. 106), la instalación podría alterarse; como también se alteraría si se incluyera a la prostituta, o la prostitución en general, porque es algo que tiene muchas formas, y que sobre todo importa porque pone en juego el dinero, algo que precisamente puede llegar a borrar todas las significaciones<sup>29</sup>. Una de las cuestiones encomiables de la instalación de Allouch es que hubiera incluido específicamente las relaciones sexuales según Lacan, es decir, sin la negación de la formulación. Sea a través de varias excepciones (en la biología, en el juego del *yin* y el *yang*, en los animales, en la filosofía, entre James Joyce y Nora Barnacle, p. 131); en lo que habitualmente se llama relación de pareja, con la posibilidad de que un borromeo degenerado pueda ser la posibilidad de escritura de esa relación de pareja (pp. 138-139, sin descuidar la extensa nota 87). Porque esto hace ver que no se trata de regirse por conceptos, y menos aún, que una formulación borra de un plumazo una serie de problemas. Si este libro se tratara de conceptos, fácilmente se le podría hacer una zancadilla a cualquiera de las múltiples muletas con las que está construido, y se desparramarían varios elementos al piso.

No es casual que les hable de la instalación artística. El viernes de la semana pasada vi una. Un relato sobre una instalación artística, además de ser bastante patético, no acuerda con lo que es clave para su efecto, poder transitar por ese espacio. Sin embargo, puede que sea útil que les cuente algunas cosas que vi al entrar en el salón *El Cibils*. Vi un vaporoso vestido rosa de tul en un maniquí. Vi grandes fotografías en la pared: una *drag*

---

<sup>28</sup> Es posible leer sobre esto en el artículo de J. Allouch “Homenaje de J. Lacan a la mujer castradora”, en Litoral 28, Edelp, Córdoba, 1999, pp. 18-19. En *No hay relación heterosexual*, el coito es llevado al estatuto de una crisis histórica, según Lacan, cuestión que por cierto es muy discutible.

<sup>29</sup> Por lo menos hay que considerar que la prostitución no solo es un “servicio” que buscan los hombres heteros.



*queen* en medio del agua, con ese vaporoso vestido de tul rosa y un serrucho en una mano. En otra foto, la *drag queen* acercando el serrucho al cuello de un hombre. En la tercera, la misma *drag queen* lleva en una bandeja la cabeza de ese hombre. *Delinking Salomé o embarrada hidra quimérica* es el nombre de esta instalación de Fernando Barrios. La curaduría estuvo a cargo de Fernando López Lage. En la pared, frases de la obra *Salomé* de Oscar Wilde, de Jean Genet, de Bolívar Echeverría; un dispensador de *merchandising*; una cabeza tamaño natural y una bandeja como objetos;



Afiche de *Delinking Salomé o embarrada hidra quimérica* de Fernando Barrios

un video con la imagen de la *drag queen* en el agua y una voz distorsionada que repite, de distintas formas, “*borrarse la cabeza*”, “*borrarse la cabeza*”, “*borrarse la cabeza*”; otro video en el que el piloto de un dron muestra Mercedes, una ciudad con nombre de mujer, una ciudad en la que no se ve un alma; vi una vitrina tipo museo de historia en la que se exponen varios elementos, zapatos, un serrucho, una banda de Miss Trans 1971, y algunas fotocopias de artículos periodísticos, entre ellos, uno que hablaba de una vedette

---

travesti que ganó un concurso de carnaval en 1971. Leí unas palabras que estaban en una placa en la pared:

Cuando tenía cuatro años fui a ver el Carnaval en una ciudad -a orillas de un río negro- en la que vivía. Estando allí tuve una revelación: en uno de los carruajes divisé una mujer que se me representó imponente, como un monstruo bello e inquietante. Al preguntarle a mi padre por su identidad solo obtuve por respuesta: después te explico. Había sido bautizado en las aguas de un eros transgénico y mi cabeza ya no volvería a estar nunca más en su lugar. (f. b.)

Una instalación es como entrar en el sueño de otro, y ese sueño, provoca asociaciones a quien lo atraviesa. En mi recorrido, mientras a la “hidra quimérica” le siguen creciendo mil cabezas, está Salomé pidiendo la cabeza de San Juan Bautista en una bandeja; está alguien que repite monótonamente “borrarse la cabeza”; viene a mi encuentro Georges Bataille, que en sus tiempos del movimiento *Acéphale* escribió: “El hombre debe escapar de su cabeza como un prisionero de la prisión.” Oigo las palabras de un padre diciéndole a un niño de cuatro años “después te explico”, palabras que abren un vacío que eterniza la urgencia.

“Después te explico” es una forma de nombrar un agujero. Sería ir demasiado rápido decir que ese agujero es el verdadero agujero, el de la no relación sexual, el de la ausencia del goce del Otro y donde se hunde el Otro del Otro. Y es ir demasiado rápido, porque una de las cuestiones que plantea de distintos modos Allouch en su libro, es que “no relaciones sexuales” no puede ser un principio. No constituye una verdad primera ni evidente, ni puede ser un precepto o regla que rija un psicoanálisis correcto. “No hay relaciones sexuales” es una conquista (p. 133 y 166), pero una conquista que no se realiza en cualquier lado. Allouch señaló una cuarta “obra en construcción” que omití nombrar, y que seguramente es la más importante: el análisis de un analizante. Porque esas tres inexistencias se fabrican allí, en el espacio analítico. Y aquí, de nuevo, se hace evidente que no conviene la expresión “obra en construcción”, y, de pronto, es más acertado un nombre que, hace más de veinte años, Allouch trajo de Lacan para nombrar al análisis:

---

una erotología de pasaje. Porque se trata de eso, de un pasaje, de un recorrido, en el que se van presentando ciertas cosas como en una instalación. En un análisis se vuelve una y mil veces a pasar por el mismo recuerdo que es distinto cada vez, o pasar por la misma pesadilla o por las mismas palabras escuchadas una vez, porque aquello que vino después hizo que cada una de esas cosas se lean de otro modo, y eso que parecía estar lleno de sentido, de pronto, se transforma en un resto informe, y sobre todo, porque en pequeños relámpagos (los kleinianos habían introducido en estas tierras el *insight*, un palabra seguramente prima segunda de la iluminación), eso que se supuso hombre o mujer, se diluye cada tanto, se recompone, se diluye, se recompone, se vuelve hetero, Otro, para disolverse una vez más.

Si Jorge Luis Borges tuvo la deferencia de acompañarnos en un trecho, quisiera terminar volviendo a él. Al final de “El jardín de los senderos que se bifurcan”, el personaje central, el doctor Yu Tsun, un antiguo catedrático de inglés, en la *Hochschule* de Tsingtao, una ciudad china con influencia alemana, estaba al servicio del ejército alemán y era perseguido por los aliados. En su declaración, luego de haber sido apresado, Yu Tsun aseguró que había triunfado abominablemente al haber matado al Dr. Albert. Matando a Albert habría alertado a Berlín el nombre secreto de la ciudad que los aliados iban a atacar: Albert. Que pueda ser descifrado el secreto de que se trataba de Albert, ciudad con nombre de hombre, ¿no implica la creencia en la existencia del Otro del Otro? Es al lector que le cabe sacar las conclusiones.